

## CAPÍTULO V

---

### Recogimiento y cuidado por mantenerse en la presencia de Dios

El ejercicio preferido del Padre Champagnat era el de la presencia de Dios<sup>1</sup>. Lo estimaba más que cualquier otro por inclinación natural, por atractivo y, sobre todo, porque Dios mismo lo dispuso como el medio más directo y eficaz para alcanzar la perfección<sup>2</sup>. *Anda en mi presencia* –dijo el Señor a Abraham– *y serás perfecto* (Gn 17,1). David dice de sí mismo que trataba de tener siempre presente a Dios en su mente, para no ser arrastrado (Sal 15,8) ni por la tentación, ni las dificultades inherentes a la práctica de la virtud. Si no hubiera olvidado esa resolución, jamás habría ofendido a Dios, ni habría caído en adulterio y homicidio.

El ejercicio de la presencia de Dios no sólo es el más eficaz para santificarse; es también el más sencillo, cómodo y agradable. El más sencillo, porque abarca y suple a todos los demás; el más cómodo y agradable, porque el recuerdo de Dios fortalece el alma y la colma de gozo y felicidad.

En uno de los retiros, el predicador que lo dirigía enumeró, como suele hacerse en esas ocasiones, gran cantidad de medios para hacer bien las acciones ordinarias, corregir los defectos y adquirir la virtud. El Padre Champagnat, que ardía en ansias de agradar a Dios, empezó practicándolos todos; pero luego, por su misma complejidad, en lugar de ayudarle, le estorbaban y turbaban.

Entonces fue a entrevistarse con el predicador, que era también su confesor, y le expuso con naturalidad su preocupación, diciéndole: “Los medios que nos ha aconsejado para conseguir la perfección, por excelentes que sean, me han desconcertado. He pasado de uno a otro, y no consigo nada. ¿No podrían sustituirse todos ellos por la presencia de Dios? Hasta ahora me había aplicado a este solo ejercicio, y si fuera suficiente, lo preferiría a todos los demás.”

El misionero no vaciló en decirle que la presencia de Dios era el mejor de todos los medios que pueden llevar a la perfección, y que él solo equivalía a todos los demás y los sustituía con ventaja. Muy satisfecho con aquella respuesta, el buen Padre se despidió dando las gracias a su confesor y se entregó con mayor ahínco a su ejercicio preferido, con el que tan a gusto se sentía y del que sacaba tanto fruto.

San Francisco de Sales advierte que la multiplicidad de medios para progresar en el camino de la perfección, a muchas personas les resulta un estorbo más que una ayuda. “Les ocurre –dice este santo obispo– como al viajero que ante un gran número de caminos que llevan al punto adonde quiere llegar, pierde el tiempo en buscar cuál es el mejor.”

Según eso, aquel sabio y prudente director aconsejaba centrarse en un ejercicio particular o en una virtud especial, pues Dios no ha condicionado nuestra perfección al número de cosas que emprendamos para complacerle, sino únicamente al modo<sup>3</sup> de realizarlas; modo que no es otro que hacer lo poco que hagamos con todo el amor y esmero posibles.

Por ejemplo, aconsejaba aplicarse al ejercicio de la presencia de Dios, que era su ejercicio predilecto; o al de la conformidad<sup>4</sup> con la voluntad de Dios o, incluso, al de la pureza de intención que también apreciaba mucho.

“No hagamos –añade el santo prelado– como los avaros espirituales<sup>5</sup>, que nunca se conforman con las prácticas que se les prescriben, sino que siempre están discurriendo cómo inventar nuevos medios para, si fuera posible, acaparar para sí la santidad de todos los santos. Obrando de ese modo, nunca están satisfechos, porque no tienen

fuerzas suficientes para llevar a cabo todo lo que quisieran realizar. Es incalculable el freno que la multitud de ejercicios supone para nuestra perfección; porque nos priva de la suave y tranquila atención que hemos de poner en hacer por Dios con todo esmero lo que hacemos. Aquellos que en un banquete van picando de aquí y de allá, comiendo un poco de todo, estropean su estómago y se indigestan hasta no poder dormir y tener que pasar la noche devolviendo. Igualmente, las almas que quieren probar todos los métodos y medios de perfección, no están en el buen camino; pues el estómago de su voluntad carece del calor necesario para poder asimilar y poner por obra tantas cosas. Por eso se produce en su alma cierta indigestión que les quita la paz y el sosiego interior, aquel único necesario<sup>6</sup>, que María eligió y no le podrán arrebatarse.”

Creemos que no nos hemos apartado del tema al traer esta observación de san Francisco de Sales, que es de extrema importancia en la vida espiritual y puede ser muy provechosa a los Hermanos. Tanto más cuanto que le servía de pauta a nuestro venerado Padre, y está en conformidad absoluta con su espíritu y enseñanzas. Como el santo obispo, cuya doctrina solícitamente leía y practicaba, nuestro piadoso Fundador no se cansaba de decir:

“La perfección no consiste en cargar con toda clase de prácticas, ni en emplear todos los medios que hallamos en los libros, sino en ceñirnos a lo que es propio de nuestro estado y practicar continuamente la virtud a la que nos inclina la gracia y nos aconseje nuestro director espiritual.”

El modo como el Padre Champagnat practicaba el ejercicio de la presencia de Dios, consistía en creer con fe viva y actualizada en Dios, presente en todo<sup>7</sup>, que llena el universo con su inmensidad, con las obras de su bondad, con su misericordia y su gloria. Nada repetía tan a menudo en sus conferencias, meditaciones, e incluso en las entrevistas personales, como estas palabras del Apóstol: *En Dios vivimos, nos movemos y existimos*<sup>8</sup>; o aquellas otras del Profeta Rey: *¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada? Si escalo el cielo, allí estás tú, y allí muestras tu gloria; si desciendo al abismo, allí te encuentro, y tiemblo ante la vista de la terrible justicia que allí muestras; si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha. Si digo: “Que al menos la tiniebla me encubra, que la luz se haga noche en torno a mí.” Ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día. De lejos percibes mis pensamientos, distingues si camino y si descanso, y todas mis sendas te son familiares; no ha llegado la palabra a mi lengua y ya, Señor, te la sabes toda. Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma*<sup>9</sup>.

Esta visión de Dios le mantenía en profundo recogimiento aun en medio de las ocupaciones más dispares, y le facilitaba extraordinariamente la oración. Todo le movía a elevar su espíritu a Dios y a bendecirlo; de modo que continuamente prorrumpía en actos de amor, alabanza y acción de gracias.

A un postulante que le pidió poder quedarse toda su vida en el noviciado para vivir en mayor soledad y pensar menos en el mundo al no tener que verlo, le respondió: “Nada le impedirá vivir en soledad en una escuela llena de niños. Por lo que a mí se refiere, me parece que tan solitario me sentiría en medio de las calles de París como en los desiertos de Siberia. Durante mi estancia en aquella capital, después de mis ocupaciones, me encerraba en mi habitación. Nadie sabía que yo estaba en París. Me interesaba tanto por la ciudad y por las curiosidades que encierra, como si estuviera a cien leguas de distancia.

A una persona que se quejaba de no poder rezar, y de las distracciones ocasionadas por el recuerdo de lo que había visto en sus recorridos por la capital, le manifestó que para él toda aquella barahúnda, la multitud que cruza las calles en todas direcciones, los objetos que cautivan la vista y son tan propicios para satisfacer la curiosidad, no le llamaban la atención, y que le era tan fácil recogerse y mantenerse unidos a Dios en las calles de París como en los bosques del Hermitage<sup>10</sup>.

La vivencia de la presencia de Dios mantenía su alma en una paz y tranquilidad inalterables. Su máxima favorita era que nada hay que temer cuando se tiene a Dios consigo, pues ningún daño pueden recibir quienes se abandonan a su divina Providencia.

\* \* \*

No cesaba de recomendar a los Hermanos el santo ejercicio de la presencia de Dios. Deseaba que ésa fuera una de las resoluciones al final del retiro anual. Con tal motivo citaba la sentencia de san Francisco de Sales, es decir: “La presencia de Dios debe ser el pan<sup>11</sup> de cada día para las almas piadosas.” Lo que significa que, así como para el alimento del cuerpo el pan acompaña a los manjares más variados, del mismo modo para el alimento del alma no debe haber acto, ni menos aun ejercicio espiritual alguno, que no vaya acompañado y santificado por el recuerdo de la presencia de Dios. Siguiendo el ejemplo del santo obispo de Ginebra –que en las constituciones de las Hermanas de la Visitación introdujo una norma<sup>12</sup>, según la cual en los recreos y demás ejercicios, una Hermana debía recordar de vez en cuando a las demás este santo ejercicio con estas palabras: “Recuerden todas nuestras Hermanas la santa presencia de Dios”–, nuestro piadoso Fundador quiso que las conversaciones de los Hermanos durante el recreo girasen habitualmente en torno a temas edificantes<sup>13</sup>, o que, al menos introdujeran en la conversación algún pensamiento edificante, para no perder el recuerdo de la presencia de Dios y orientar todas las acciones a su gloria.

“Tal vez me preguntéis –decía en una plática– por qué insisto tanto en este tema. Pues porque es la base de la vida espiritual. ¿En qué consiste la vida espiritual? En huir del pecado y en practicar la virtud. Ahora bien, la presencia de Dios hará que evitéis el pecado, os dará fortaleza para practicar la virtud y soportar las contrariedades de vuestro estado y os infundirá sentimientos de piedad. Cuando estemos tentados, este solo pensamiento: “¡Dios me ve!, bastará para ahuyentar las tentaciones. Efectivamente, si no nos atrevemos a hacer el mal ante los hombres, ¿cómo seríamos capaces de comentarlo ante Dios en cuya presencia nos encontramos?”<sup>14</sup> El olvido de Dios es la causa fundamental de todos los crímenes.”

El piadoso Fundador había tomado esta doctrina de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. *El país –exclama el profeta Ezequiel– está lleno de crímenes; la ciudad colmada de injusticias, sacrilegios e idolatrías, porque los hombres han creído que Dios no los ve. (Ez 9,9) El impío no tiene a Dios delante de los ojos; por lo cual, todos sus pensamientos, sentimientos, palabras y obras, todo está echado a perder y corrompido. (S 10,5)* Si recordáramos que Dios nos ve, que es testigo de cuanto hacemos, rara vez lo ofenderíamos. “No le ofenderíamos nunca”, dice santo Tomás. Y añade santa Teresa<sup>15</sup>: “Nos perdemos sólo porque creemos que Dios está lejos de nosotros.” San Jerónimo<sup>16</sup>, comentando el reproche que Dios hace a Jerusalén por haberle olvidado, advierte que el recuerdo de Dios aleja toda clase de pecados. “¿Qué medios podemos adoptar –pregunta san Basilio– para dominar la ligereza de espíritu, para evitar las distracciones en la oración, para combatir eficazmente los vicios y evitar cualquier pecado?” “Ninguno mejor que el pensamiento de que Dios nos ve –responde el santo doctor–; pues el recuerdo de la presencia divina es el antídoto por antonomasia contra todo pecado.”<sup>17</sup>

Análoga respuesta daba el Padre Champagnat a un Hermano que le preguntaba cuál podría ser la causa del escaso progreso que experimentaba en la piedad y de las numerosas faltas que a diario cometía. “No conozco otra –le respondió– que la disipación, que le hace olvidar la presencia de Dios. Todas sus faltas proceden de la facilidad con que pierde de vista a Dios.”

A otro le escribía: La disipación lo perjudica mucho. Esfuércese, pues, en adquirir el recogimiento y recordar la presencia de Dios: de ese modo conseguirá corregir la superficialidad que le hace cometer infinidad de faltas y que hasta puede hacerle perder el alma.”<sup>18</sup>

Hablaban en cierta ocasión de un Hermano que tenía excepcionales dotes para la enseñanza, y alguien dijo de él que bastaba su sola presencia en clase para imponer orden y hacer trabajar a los alumnos. “Amigos míos –repuso con viveza el Padre–, lo mismo ocurre, y aún más, con la presencia de Dios en un alma. Esa divina presencia basta para implantar en ella el orden, inundarla de paz, alejarla del pecado, y moverla a trabajar sin descanso en su perfección.”

Recorriendo un día la casa, el buen Padre sorprendió en falta a un Hermano. Éste, confuso a más no poder, se puso de rodillas y exclamó:

– ¡Perdone, Padre, no sabía que estuviese usted ahí!

– Y ¿no se le ocurrió pensar que estaba Dios? –replicó el Padre–. Pero, Hermano, ¿así que se permite en presencia de Dios lo que no se atrevería a hacer delante de mí? Mientras obre así, de religioso no tendrá más que el hábito, su vida estará plagada de faltas y vacía de virtudes.

\* \* \*

“Otra ventaja de la presencia de Dios –decía el Padre Champagnat– es infundirnos entusiasmo y diligencia para trabajar en la perfección. Ningún sacrificio es costoso cuando se piensa en lo que Dios ha hecho por nosotros. ¿Qué clase de religiosos se arrastran por el camino de la virtud? Los superficiales que difícilmente se recogen en su interior; los que no observan el silencio; los que hablan mucho con los hombres y poco con Dios; los religiosos habitualmente infieles a la gracia, que, como los judíos, sólo escuchan la palabra de Dios cuando se manifiesta entre truenos, es decir, cuando los amenaza con el infierno. Este tipo de religiosos, sin espíritu de fe, olvidando que Dios los ve, se portan como los siervos malos que, en cuanto se ausenta el amo, dejan de trabajar, se tumban o se ponen a divertirse. No imitemos su conducta, y para ello recordemos que nos contempla Aquel por quien trabajamos, ante cuya presencia nos hallamos permanentemente. Lo que inducía a los Patriarcas a practicar las virtudes sublimes que en ellos admiramos era únicamente la presencia de Dios. Tan familiarizados estaban con su recuerdo que su expresión más habitual era ésta: *Vive el Señor en cuya presencia estoy.*”<sup>19</sup>

“Otra consideración que puede contribuir a despertar nuestro entusiasmo y ayudarnos a realizar bien las acciones, es que Dios se conforma con la buena voluntad y el esfuerzo, sin exigirnos el acierto. Muy al revés de los hombres, que de ordinario no se fijan en la buena voluntad y sólo recompensan los servicios efectivos que se les prestan. Dios sólo mira nuestra intención; sólo tiene en cuenta nuestros buenos deseos y nos colma de sus favores en cuanto hacemos lo poco que podemos por agradarle y cumplir nuestras obligaciones<sup>20</sup>. Basta un poco de buena voluntad, para llegar a ser un santo religioso, capaz de obrar maravillas. Si, pues, nos encontramos pobres y sin virtud, se debe a nuestra desidia: no tenemos buena voluntad y nos falta buena voluntad, porque carecemos de espíritu de fe, no meditamos las verdades eternas y pasamos días enteros sin pensar en Dios.”

“Querido amigo –decía el piadoso Fundador a un Hermano al que se le hacían cuesta arriba las obligaciones de la vida religiosa–: si recordase con frecuencia las palabras del Apóstol: *En Dios vivimos, nos movemos y existimos*<sup>21</sup>, no sería tan pusilánime, no le costaría tanto la observancia de la Regla, y no estaría discutiendo todo de el día con el demonio de la pereza.”

“Por el modo de realizar sus acciones –advertía a otro–, es claro que no piensa en Dios, ni pone gusto en agradarle.”

A otro le escribía: “Si encuentra tantas dificultades en su clase, si se deja llevar por la impaciencia, el hastío y el desaliento, no le quepa la menor duda de que es porque no recuerda la presencia de Dios y porque en su actuar no se ha propuesto buscar su gloria.

Nada le costarían los actos de paciencia, caridad y celo que tanto descuida y que tantas ocasiones tiene de practicar, si estuviera persuadido de que Dios lo mira y que su ángel bueno va anotando en el libro de la vida todo lo que sufre y los actos de virtud que practica.”

\* \* \*

Resumiendo, según el Padre Champagnat, en esto consiste el ejercicio de la presencia de Dios para un Hermano de María:

1.º Mantenerse en estado de gracia; cuidar los pensamientos, palabras y el comportamiento en general para no decir ni hacer nada contra la conciencia y con ello desagradar a Dios. Combatir las tentaciones con este pensamiento: *DIOS ME VE*.

2.º Ofrecer a Dios todos los actos, y proponerse en todos ellos su mayor gloria.

3.º Rezar con frecuencia a lo largo del día, e incluso en los intervalos del sueño, oraciones jaculatorias<sup>22</sup>.

4.º Tomar como modelo en todas las acciones a Nuestro Señor Jesucristo; recordar sus virtudes, sufrimientos, modo de relacionarse con los demás, y tratar de hablar y obrar como lo hizo o lo habría hecho él.

5.º Ver a Dios en las criaturas, alabarlo y bendecirlo en los servicios que nos prestan; ponernos en manos de Dios, acatar sus designio en todos los acontecimientos, cualesquiera que sean, y esperar sólo de él la ayuda en las dificultades y necesidades.

Como se puede comprobar, este modo de practicar la presencia de Dios es a la vez facilísimo y muy provechoso<sup>23</sup>.

---

<sup>1</sup> En este capítulo, el Hermano Juan Bautista, siguiendo al Padre Champagnat, se inspira mucho en Rodríguez (PPC, parte primera, tratado VI, “De la presencia de Dios”).

<sup>2</sup> “El bienaventurado Basilio, en muchas partes, el remedio que da para todas las tentaciones y trabajos, y para todas las cosas y ocasiones que se pueden ofrecer, es la presencia de Dios. Y así, si queréis un medio breve y compendioso para alcanzar la perfección, que contenga y encierre en sí la fuerza y eficacia de todos los otros medios, éste es, y por tal se le dio Dios a Abraham: Anda delante de mí y serás perfecto” (RODRIGUEZ, Ejerc. de Perfección., parte primera, tratado VI, cap. 1, pág. 402. Madrid, 1946) (CM I, nota 1, pág. 372).

<sup>3</sup> “Dios no ha puesto la perfección en la multiplicidad de actos que hacemos, sino en el modo de hacerlos, que consiste en hacer lo poco que hacemos según nuestra vocación, en el amor, para el amor, por el amor” (SAN FRANCISCO DE SALES, Oeuvres, X, 211. Éd. Niérat, Annecy, 1898).

<sup>4</sup> Cfr. SAN FRANCISCO DE SALES, Tratado del amor de Dios, libro VII, cap. 1. Carta a la Sra. de Chantal de 23-06-1619. Directorio espiritual, art. 8 (recreo), artículo 2 (levantarse). Conformidad con la voluntad de Dios, libro VIII, 7; IX, 6. Pureza de intención, libro XII, 7, 8, 9 (Oeuvres. Éd. Niérat, Annecy, 1898).

<sup>5</sup> “Contemplad, por favor, a esos avaros espirituales: jamás se contentan con los ejercicios reglamentados... Están siempre moviéndose para inventar nuevos medios de acumular la santidad de los santos en una santidad personal. Nunca están satisfechos, máxime que no tienen capacidad de asimilar todo lo que intentan abarcar, pues quien mucho abarca, poco aprieta” (Oeuvres, X, 211. Éd. Niérat, Annecy, pág. 401).

<sup>6</sup> LC 10, 42.

<sup>7</sup> “Algunos, para ayudarse más en esto, consideran todo el mundo lleno de Dios, como lo está, e imagínanse a sí en medio de este mar infinito de Dios, cercados y rodeados de él, como una esponja en medio del mar” (RODRÍGUEZ, Ejerc. de Perfección, parte primera, tratado VI, cap. 2, pág. 405. Madrid, 1946) (CM I, nota 10, pág. 375).

<sup>8</sup> Hch 17, 28.

<sup>9</sup> Sal 138, 2-5 y 7-8.

<sup>10</sup> Carta al Hermano Hilarión, de 18 de marzo de 1838: “Me encuentro más solitario en el centro de París que en el Hermitage. Puedo garantizarle que si Dios lo quisiera, me encantaría la soledad” (LPC 1, doc. 181, pág. 368).

- <sup>11</sup> Cfr. SAN FRANCISCO DE SALES, *Oeuvres complètes*. Éd. Niérat, Annecy, 1898, vol. 7, pág. 183 y vol. 10, pág. 271.  
San Agustín propuso ya esta comparación: “Dice que así como los alimentos corporales alimentan el cuerpo, también la palabra de Dios y la oración sostienen y alimentan al hombre interior” (PPC, parte primera, tratado V, cap. 2, página 280).
- <sup>12</sup> “Una de las Hermanas, por turno, recordará la presencia de Dios, de vez en cuando, durante el recreo, y al final dirá alguna máxima santa” (Directorio espiritual, art. 8. BAC 127, 612) (CM I, nota 14, pág. 376)
- <sup>13</sup> “Procuren los Hermanos intercalar algún pensamiento espiritual en sus conversaciones para no perder el recuerdo de la presencia de Dios y para hacerlo todo a su mayor gloria” (AFM, Appendice à la Règle de 1837, art. 6) (CSG I, página 86)
- <sup>14</sup> “Ciertamente, grande obligación nos pone de vivir justa y rectamente considerar que hacemos todas las cosas delante de los ojos del juez que todo lo mira, y a quien nada se puede encubrir. Si la presencia de un hombre grave nos hace estar compuestos, ¿qué será la presencia de Dios?” (RODRÍGUEZ, Ejerc. de Perfección, parte primera, tratado VI, cap. 1, pág. 401. Madrid, 1946) (CM I, nota 16, pág. 377)
- <sup>15</sup> “Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino imaginarle lejos, ¡y cuán lejos, si le vamos a buscar al cielo!” SANTA TERESA, *Camino de perfección*, cap. 50.1. BAC 212, 285).
- <sup>16</sup> Cfr.: RODRÍGUEZ atribuye este pensamiento a san Jerónimo, Ez 8, 12 (PPC, parte primera, tratado I, cap. 1).
- <sup>17</sup> “¿Quién podría consentir un mal pensamiento o realizar una acción mala si pensara que Dios está en todas partes, presente a todo lo que hacemos, que ve todas nuestras acciones y que sondea el interior del corazón?” (PPC, parte primera, tratado VI, cap. 1).
- <sup>18</sup> No se ha conservado esa carta.
- <sup>19</sup> “Grande fue el ejercicio que los santos y aquellos patriarcas antiguos tuvieron de andar siempre en la presencia de Dios... Era tan continuo este ejercicio en aquellos santos, que era también su común lenguaje: Vive el Señor en cuyo acatamiento estoy” (RODRÍGUEZ, Ejerc. de Perfección, parte primera, tratado VI, cap. 1. Edición citada, pág. 400) (CM I, nota 26, pág. 379)
- <sup>20</sup> LPC 1, doc. 24, pág. 72.
- <sup>21</sup> Hch 17, 28.
- <sup>22</sup> “El tema (de la meditación) se preparará de víspera, para ocuparse durante los intervalos del sueño... No han de conformarse con la media hora de meditación, sino tratar de prolongarla a lo largo del día con el recuerdo de la presencia de Dios y el rezo de oraciones jaculatorias” (Regla de 1837, cap. II, artículo 2, págs. 15-16).
- <sup>23</sup> Esta última frase se halla también inspirada en Rodríguez (PPC, parte segunda, tratado I, cap. 5).